

UCLA

Mester

Title

Identidad a través de la lengua en Hasta no verte Jesús mío

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/37w734vf>

Journal

Mester, 33(1)

Author

Parodi, Claudia

Publication Date

2004

DOI

10.5070/M3331014605

Copyright Information

Copyright 2004 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Identidad a través de la lengua en *Hasta no verte Jesús mío*

Claudia Parodi

University of California, Los Angeles

La identidad social, rasgo que le permite a un ser humano reconocerse a sí mismo como parte de un grupo frente a los demás, está ligada a la lengua. Al hablar, un individuo no sólo se revela a sí mismo, sino a su grupo. Su origen regional o étnico, su nivel económico, su clase social, su generación y su sexo son rasgos que lo conforman y que sus interlocutores perciben, evalúan y juzgan. De esta manera se crean estigmas y giros prestigiosos, pues ciertas formas de la pronunciación, la morfología, la sintaxis y el vocabulario se valoran como más elegantes, refinadas, vulgares, ordinarias o rústicas que otras. La sociolingüística se ha abocado a estudiar las relaciones entre las lenguas y las sociedades. En este trabajo quisiera aplicar algunas de sus enseñanzas a la literatura en mi análisis de *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska. En esta novela, utilizando la lengua de manera magistral, Poniatowska logra re-crear las circunstancias, la identidad y la psicología de Jesusa Palancares, personaje paradigmático de la marginalización de la ciudad de México.

LENGUA Y CLASE SOCIAL

En su clásico libro *Sociolinguistics*, Peter Trudgil, al referirse a la organización social de los pueblos, ofrece dos modelos: el de castas y el de comunidad de habla. En el primero, la rígida separación de cada una de las castas tiende a estar claramente definida, inclusive sobre las diferencias regionales. El pertenecer a una u otra casta es hereditario y resulta prácticamente imposible cambiar horizontal o verticalmente de una casta a otra. Las comunidades de habla, en cambio, se han empleado como unidades para analizar las variaciones lingüísticas de sociedades del primer mundo, las cuales son complejas debido a que las diferencias sociales no están claramente definidas y a que hay gran movilidad vertical. La propuesta de Trudgil para el

estudio sociolingüístico se centra en dos extremos, pero deja de lado los países en vías de desarrollo, mismos que conforman gran parte de la población mundial y dentro de los cuales se inserta México. En países como México, existe un sistema patrimonial de clases sociales con cierta posibilidad de ascenso. La movilidad social, sin embargo, es muy limitada, pues la mayoría de las familias suelen mantenerse en un mismo nivel por varias generaciones. Hay una gran clase marginada, una pequeña clase media y una exigua clase alta (Meyer 936–37). Por consiguiente, la manera más eficaz de estudiar las hablas de México es respetando su estructura social. Es decir, utilizando un sistema de clases sociales, donde cada nivel está claramente delimitado. Esto es particularmente obvio para el estudio del habla de la clase marginada, como la de Jesusa Palancares, personaje central de la novela *Hasta no verte Jesús mío*.

La clase marginada de las ciudades, sobre todo la de la ciudad de México, se caracteriza por contener un buen número de rasgos rurales debido a la gran cantidad de gente del campo que se avecina a la ciudad (Meyer 933). Por ello, el habla de esta clase social es relativamente homogénea, pues los distintos dialectos rurales que la conforman, mantienen un buen número de rasgos arcaicos comunes, procedentes del español colonial,¹ los cuales se han estigmatizado y se siguen estigmatizando en las otras clases sociales.² Por su forma de hablar, precisamente, Jesusa Palancares representa el mundo de la marginación.

REPRESENTATIVIDAD DEL HABLA DE JESUSA PALANCARES

El habla de Jesusa Palancares es recreación novelada de los textos recopilados por Elena Poniatowska en una investigación sistemática que hizo por un año, una vez por semana a Josefina Bórquez, mujer oaxaqueña, analfabeta, de 63 años que había vivido desde su adolescencia en los barrios más pobres de la ciudad de México. Para las entrevistas, Poniatowska utilizó la grabadora cuando le fue posible, o tomó notas a mano (Schuessler 175). A esta situación de contacto con Josefina Bórquez, cabe añadir el conocimiento del habla popular mexicana que adquirió Poniatowska, gracias al intenso contacto que tuvo con su nana. La conjunción de ambas situaciones le permitió a la escritora caracterizar con maestría inigualable el habla popular de Jesusa Palancares. A continuación presento algunos rasgos del habla de Jesusa, mismos que se estigmatizan en México. Las voces estigmatizadas se encuentran sobre todo en palabras que reflejan

una pronunciación y un vocabulario arcaizantes en el español de la clase marginada mexicana. Por ello, muchas de estas formas pueden hallarse documentadas en textos de autores de los siglos de oro y de la colonia.³ Sin embargo en el español mexicano moderno éstas poseen una connotación negativa entre los hablantes de las clases alta y media. Por lo regular, es suficiente que una persona articule una o dos de estas formas para que automáticamente se revele su clase social, aunque como mostraré más adelante, ésta va ligada a otras variables, además de las lingüísticas. Cabe añadir que ciertas voces y construcciones discursivas, que algunos hablantes estigmatizan, pueden convertirse en formas simbólicas de representar la identidad social de quienes las utilizan. Tal es el caso de Jesusa, quien proyecta su identidad individual y social por medio de un lenguaje rural que ejemplifico a continuación.

a. Pronunciación de las vocales átonas

La pronunciación de las vocales átonas refleja la clase social de la protagonista, pues es común que en las clases marginadas de México y de América Latina se articulen de diferente modo que en la lengua estándar. En la mayor parte de los casos, se trata de ejemplos arcaizantes, pues durante la colonia el español que llegó a México, se caracterizaba por tener vacilaciones en la pronunciación de la apertura de las vocales átonas.⁴ Aunque en el siglo XVIII se empezó a estandarizar su pronunciación en el español de las ciudades y de las clases altas, en América Latina se mantuvieron algunas formas antiguas en las zonas rurales y luego en las clases marginadas. Ello explica por qué Jesusa articula *cevil* por “civil” en “Iban casi puros *ceviles* escoltados por unos militares” (127), *decedida* por “decidida” en “que me mate o lo mato yo... estaba *decedida*” (99) o *ándile* por “ánde”, “*Ándile*,—le digo—si se siente usted muy valiente, *ándile*” (180).

b. Cambios de acento

En el habla de Jesusa aparecen ejemplos como: “tenemos que trabajar para que *puédamos* comer” (212), “somos más *engréidos*... y agarramos el camino que más nos conviene” (297). Se trata de cambios de acento de una diptongación de las palabras “engreído” y “podamos” que se estigmatizan en el español mexicano estándar, a pesar de ser formas antiguas del español americano.

c. Pronunciación de la <h> como <j>

Elena Poniatowska emplea <j> por <h> muda para caracterizar el habla de su personaje central en palabras como *jediondo* por “hediondo”, *jijazo* por “hijazo, golpe” o *retajila* por “retahíla” en contextos como: “El que me tira un *jijazo* es porque ya recibió dos”. “Todos los días prendía una *retajila* de velas” (102). “En el Defe no hay cañerías ni vertederos. [. . .] Todo se pudre, purás calles *jediondas*, puras mujeres *jediondas*” (303). Se trata del antiguo proceso de aspiración de <f> del español, que se mantiene vivo en las hablas rurales americanas y en las clases marginadas de las ciudades como México, pero nunca en la lengua estándar. El sonido aspirado de esta consonante suele interpretarse ortográficamente como <j>. ⁵

d. Uso de una <d> epentética en el verbo “querer”

Jesusa utiliza la forma *quedría* por “querría” en ejemplos como “Me *quedría* el muchacho oficial o no me *quedría*, no sé” (83). En ellos, el condicional del verbo “querer” mantiene en el habla de la clase marginada la <d> epentética que se empleó antiguamente, fenómeno claramente estigmatizado entre los hablantes del español estándar.

VOCABULARIO

El vocabulario de Jesusa Palancares contiene el mayor número de formas estigmatizadas por los hablantes de español estándar mexicano. Se trata de voces muy comunes del habla popular mexicana que caracterizan a la clase marginada. Nuevamente, la mayoría de ellas son formas arcaizantes, voces analógicas no estandarizadas o palabras que aluden a actos o a partes del cuerpo de animales referidas a los humanos, lo cual se debe a la procedencia rural de Jesusa. A continuación cito algunos ejemplos de estos tres tipos de vocablos.

a. Palabras antiguas o arcaísmos

Entre los vocablos arcaicos se encuentran en la novela palabras como *afigurar* por “figurar, darse cuenta”, que Santa María en su diccionario define como “Estribillo vulgar de la conversación, sobre todo entre gente campesina y del pueblo bajo, en Méjico”. También se registran en la novela voces como *asigún*, por “según”, *endenantes* por “antes”, *escarmenador* y *escarpidor* por “peine”, *haiga* por “haya”, *inquina* por “aversión”, *la calor* por “el calor”, *lamber* por “lamer”, *mesmo* por

“mismo”, *muina* por “enojo”, *nacencia* por “nacimiento” y *recordar* por “despertar”, entre otros. Jesusa dice: “[. . .] ése es un don que viene de *nacencia*, ya es cosa que lleva uno adentro” (21). “Era enojona y berrinchuda, con mucha *muina* por dentro” (31). “Mi gallo está bueno para un patio donde *haiga* dos docenas de gallinas” (296).

b. Voces para aludir a actos o partes del cuerpo de los animales referidas a los humanos

En el habla de Jesusa Palancares, junto con neologismos del habla popular como *infelizar* “fastidiar” o “molestar”, aparecen ejemplos como, *buche por* “boca”, *espinazo* por “espalda”, *patas* por “pies”, *pescuezo* por “cuello”, *hocico* por “boca”, *jeta* por “cara” o *empuercar* por “ensuciar”. Estas frases, además de describir partes de animales referidas a los humanos, reflejan el origen campesino de la protagonista. Algunos ejemplos son: “Esa mujer lo embrujó, lo volvió loco, le torció el *pescuezo*” (106). “Llegué yo a llenar el *buche* y me dijo, [. . .] a ver qué le hacen en sus *patas*...” (184). “[. . .] en vez de curarme [. . .] me *infelizaron* con haberme sacado el líquido del *espinazo*...” (307).

c. Palabras analógicas

Entre las voces analógicas, se encuentran en la novela palabras como *difunteado* por “muerto”, e innovaciones como *infelizar* por “molestar” o “fastidiar”, *dispendioso* por “gastador” o *inteligentear* por “comprender” o *vagamundo* por “vagabundo”. Algunos contextos con estas palabras son: “Ya volvía él a leer y le *inteligenteaba* yo mucho muy bien” (115). “De qué murió el *difunteado*” (121). “Pensé: ‘Mejor que de *vagamunda*, me quedo aquí en México’” (231). Los diccionarios como el de Santa María o el de la Real Academia clasifican estas palabras como vulgares.

¿POR QUÉ HABLA JESUSA COMO HABLA?

Aunque la forma de hablar refleja el nivel social al que pertenecen los individuos, ésta, aislada, no es condición suficiente para caracterizar una clase social. En efecto, el habla va ligada a otros factores que, junto con ella, distinguen las clases sociales marginada, media y alta entre sí. Entre los factores más relevantes, tenemos la escolaridad, la ocupación y el ingreso.⁶ Debido a esto, los estudios sociolingüísticos suelen correlacionar estos tres factores para explicar el habla de una clase social.

En lo que atañe a la escolaridad, ésta se suele estudiar en sociología por medio de índices. A cada individuo se le asigna un índice numérico que es alto o bajo, según los años que haya estudiado, según sean sus entradas económicas y según sea el oficio o profesión que desempeñe. El índice que se le asigne a cada componente depende del valor que le adjudique la sociedad en general. Por ejemplo, una persona que haya terminado la secundaria tendrá un índice educativo más alto que otra que haya estudiado dos años de la primaria. Una clase social con poca escolaridad, como la de Jesusa Palancares, tendrá los índices más bajos. En consecuencia, su forma de hablar suele estigmatizarse por contener rasgos que reflejan desconocimiento de las normas académicas.

La ocupación, el segundo factor, tiende a estar estrechamente relacionado con el primero, pues gracias a una preparación adecuada es posible desempeñar cargos que requieren de conocimiento técnico, administrativo o académico. Las clases marginadas, cuya escolaridad es mínima, por lo regular, desempeñan puestos poco complejos. Ello conduce al tercer factor, el ingreso, el cual a su vez, está ligado y suele ser consecuencia de los otros dos. En efecto, una persona con menor educación, frecuentemente desempeña los peores trabajos y recibe la remuneración más baja.

Poniatowska a su vez usa estos factores para caracterizar a Jesusa Palancares, cuyo caso es extremo, por ser analfabeta. En la escuela de monjas nunca le enseñaron a leer y de adulta no quiso estudiar, por lo que aquí la falta de preparación contribuyó a que sus ingresos siempre fueran mínimos. Sus múltiples ocupaciones nunca requirieron de ninguna especialización, aunque aprendió a hacer cuentas cuando tuvo necesidad. Es decir que Jesusa entra dentro de la categoría de marginal. Estos factores explican que hable de la manera previamente descrita. Según Milroy, los marginales, al igual que Jesusa, además de hablar de cierta forma

characteristically live in an economically precarious existence supported by materials rejected by more affluent sections of society...They have no job security or trade union membership. Families may remain marginal for generations without showing any signs of upward mobility; typically their sporadic employment (as waiters, tombstone polishers, carpet fitters, domestic servants) is of little direct relevance to industrial production. (74)

Asimismo, Jesusa es un personaje que siempre vivió en la miseria: “Ahorita no he comido desde en la mañana y no tengo hambre todavía. [. . .] Ya me acostumbré” (142). Sufrió abuso físico de su madrastra y de su esposo, quienes la golpeaban a su antojo. Este último, además, le impedía lavarse: “Si de chiquilla andaba mugrosa y piojosa, con mi marido se me agusanó la cabeza. Él me pegaba, me descalabraba y con las heridas y la misma sangre me enlagué [. . .]. Allí en la cabeza estaba la plasta de mugre, y allí seguía porque no me podía bañar [. . .]” (96).

Después de enviudar, a los diecisiete años, tras haber vivido combatiendo en distintos lugares de la provincia durante la Revolución de 1910, se trasladó del campo a los barrios más humildes de la ciudad de México. Estuvo “de arrimada”, muchas veces durmiendo en cualquier lugar: “Me dormía en el suelo, detrás de un brasero, al fin que yo estaba de arrimada y tenía que acostarme en el zaguán con el perro. [. . .] Si no tenía yo dinero ¿con qué comía?” (142). Cuando se enfermaba se curaba sólo con agua, con yerbas o a base de limpias. Concibe la enfermedad como resultado de un desequilibrio interno, a veces causado por algún espíritu. Cuenta cómo se curó de ataques: “[. . .] me le pegué a la llave y a bebe y bebe. Dónde me cupo tanta agua, no sé, pero me tomé una jarra de esas antiguas [. . .]. No me dio el ataque y ahora comprendo que con el agua se me desalojó la corriente del muerto. Porque el que me golpeaba era un ser espiritual” (193).

En la ciudad desempeñó el oficio de sirvienta—en varias ocasiones—lavandera, afanadora, barnizadora, peluquera, ama de llaves, obrera en fábricas de cartón y de loza, y otros trabajos similares. Dada su personalidad independiente y contestataria, tuvo cierta movilidad horizontal, pero nunca se le ocurrió intentar un ascenso vertical. Su crítica y su perspectiva del mundo, resultado de una sociedad de clases, son siempre desde su nivel. Asume fatídicamente su clase social como un hecho inamovible: “Yo pobre nací y pobre me he de ir al agujero, eso si alcanzo agujero” (269). Sus padres vivieron y murieron en la pobreza. De su madre muerta, dice Jesusa: “La envolvieron en un petate y ví que la tiraban así nomás [. . .]” (17).

LENGUA E IDENTIDAD SOCIAL

Todos los factores mencionados de manera independiente hasta ahora: lengua, nivel educativo, ingreso y ocupación de Jesusa Palancares, se conjugan para explicar la identidad social de este carismático

personaje. Claramente, Jesusa, como miembro de la clase marginada, se identifica con los pobres: “Mi padre me crió pobre y pobre sigo siendo y hasta que me muera seguiré siendo pobre” (219). Asume su nivel social y jamás piensa en la posibilidad de salir de él. Tiene conciencia de las otras clases sociales y las acepta, pues ha tenido contacto con éstas, pero las ve ajenas a ella. Son para Jesusa parte de la organización del mundo. Su contacto con las otras clases sociales es siempre desde abajo. Por ello, acepta el tratamiento asimétrico cuando dialoga con las clases más altas de modo natural.

Cuando es sirvienta de su madrina, Jesusa se dirige a ella con el pronombre de respeto “usted” y usa el tratamiento de “señora”, como se acostumbra en México. La madrina, en cambio, le habla usando el pronombre de confianza “tú” y se dirige a ella empleando su nombre de pila: “Ella me llamaba María de Jesús. [. . .] En la noche daba sus órdenes. ‘Mañana se hace esto y esto y esto’” (45). Jesusa acepta el trato abusivo como parte de su condición: “Dormía en la recámara de mi madrina pero como el perro, en el balcón. [. . .] Tenía un petate y mi almohada era un ladrillo. [. . .] No es que mi madrina fuera mala, [. . .] toda la gente de dinero es así” (49).

Jesusa después sirve de nana en casa de la hija de su madrina, de quien recibe el mismo tratamiento asimétrico. Jesusa se refiere a ella como la “patrona” (55) y le habla de “usted”, pero “la patrona” le habla a ella de “tú”. Incluso trabaja sin paga por cierto tiempo: “la señora Celerina no me trató mal, pero no me pagó” (55). Por supuesto que con los otros personajes de las clases marginadas Jesusa utiliza un tratamiento simétrico de los pronombres. Usa “tú” para la confianza y “usted” para el respeto o la lejanía. Su identidad social la lleva a aceptar, sin intentar cambiar jamás, su forma de expresarse a pesar de haber estado en contacto con otros niveles sociales y con hablantes de otras clases sociales que usan otra variante lingüística del habla mexicana. Jesusa, en efecto, no vio la necesidad de adoptar una forma de hablar distinta de la suya, pues se identifica con su grupo: su discurso simboliza el modo de ser de un “nosotros”, distinto del de “ellos”.

Para un individuo, definir su identidad implica necesariamente saber quién es, con quién socializa, de qué clase social procede y con quién se asocia. Ése es justamente el caso de Jesusa, quien se identifica con los marginados en forma absoluta. Esta actitud, además, le permite caracterizar y reportar en la novela a todos y cada uno de los personajes que cobran vida, gracias a su voz y a la pluma de

Poniatowska. Fuera de la literatura, por razones de identidad los hablantes le adjudican valor simbólico a ciertas voces y construcciones lingüísticas. Incluso las formas no estándar que otros hablantes estigmatizan, pueden convertirse en estructuras simbólicas. Por ende, Jesusa utiliza frecuentemente voces estigmatizadas y marcadores de clase. Al respecto señala Edgar Schneider: “While other means of expressing solidarity and identity boundaries may be costly and sometimes difficult or impossible to achieve, choosing in-group specific language forms is a relatively simple and usually achievable goal, and thus a natural choice as a means of identity expression” (240).

Es importante señalar que en México el tratamiento paternalista y asimétrico de los patrones hacia sus empleados es un legado instituido desde la colonia. Es por ello que se dan situaciones en que el contacto de clases suele ser muy estrecho, pues casi siempre las personas que trabajan en el servicio de las casas y de las haciendas o ranchos: nanas, cocineras, recamareras, choferes, mozos o veladores, viven y conviven con las clases altas. De esta manera se crean relaciones lo suficientemente cercanas como para que sea posible conocer y adquirir el dialecto o sociolecto de la otra clase social. Es así como los niños adquieren el habla de las personas que los cuidan. Tal es el caso de Poniatowska, quien aprendió a hablar el dialecto de su nana. Sin embargo, no sucede el caso contrario, pues quienes sirven no suelen aprender el sociolecto de sus patrones. Ello se debe a razones de identidad y a que el contacto suele darse después del período crítico de adquisición lingüística, es decir, después de la pubertad. En efecto, después de la adolescencia no sólo resulta difícil aprender una lengua, sino un dialecto distinto del propio. Por tal motivo se genera un tratamiento que puede resultar condescendiente, ya que los dueños de las casas se sienten responsables por la vida y costumbres de quienes trabajan para ellos. Por esa razón Jesusa prefiere trabajar con extranjeros, pues “son menos déspotas y no se meten en la vida de uno (como los mexicanos): ‘¿Ya fuiste a misa? ¡Vete a los ejercicios! ¿A qué horas llegaste anoche? No vayas a platicar con ningún hombre [. . .]’” (245). A Jesusa no le interesa manejar otro sociolecto de mayor prestigio, distinto del suyo. No considera valioso aprender la variante estándar mexicana, ya que no sólo no se identifica con quienes la hablan, sino que se siente repudiada por ésta: “los de aquí siempre me han tratado como extraña” (60). “Si yo tuviera dinero y bienes, sería mexicana, pero como soy peor que la basura, pues no

soy nada” (218). Además, dado que no ve la posibilidad de ascenso vertical, no existe en ella motivación alguna para modificar su habla. En efecto, se ha observado que las personas cambian su habla sólo cuando desean identificarse con algún grupo social.⁷ Por esta razón, Jesusa usa un vocabulario más selecto cuando se refiere a la “Obra Espiritual”—grupo religioso al que Jesusa ingresa en cierta etapa de su vida—debido al tema y al impacto que recibió de su guía espiritual Roque Rojas. Su habla popular, reinterpretada por Poniatowska no excluye, además, el uso poético y metafórico: “Entiendo que por haber agarrado aire del campo santo se me ponen los ojos colorados [. . .] desde esa época tengo el aire del camposanto en los ojos” (17). Al respecto, Sara Poot señala que “una parte de la creación literaria de Elena Poniatowska, escrita con ese lenguaje, es representación artística y cercana a la realidad, y ésta, inacabada, mutante, incontrolable, es de una riqueza tal que escapa y sobrepasa la ficción” (124).

A pesar de estas desviaciones mínimas, a Jesusa le resulta imposible pensar en salir de la clase marginada, pues vive en un mundo sin esperanza. Para ella, ni la Revolución, ni los sindicatos han ayudado a los marginados. La Revolución, que podría haberles hecho justicia a los pobres, es a sus ojos, un fracaso, puesto que no le dejó nada a ella, ni a nadie. Como es bien sabido en México, durante el siglo XX, la retórica del Partido Revolucionario Institucional (PRI) fue ponderar la Revolución y los beneficios que ésta le trajo al pueblo mexicano. Los dirigentes de dicho partido se referían a ésta como la revolución del pueblo y sugerían una especie de revolución marxista, fuente de la distribución del capital entre la clase marginada, generadora de la clase media. El gobierno revolucionario, sin embargo, se negó a darle a Jesusa su merecida pensión de viudez.

La propia Jesusa fue testigo de cómo el presidente Cárdenas, representante de la Revolución y supuesto protector del pueblo, llamado por algunos “tata Cárdenas”, intentó desalojar a un grupo de colonos de tierras baldías o “paracaidistas” pobres de un solar a otro: “el trompudo [Cárdenas] ordenó que nos echaran” (264), “les había dado nuestro terreno a los policías de tránsito” (265). Ella no sólo se muestra escéptica, sino contraria a este movimiento, y en varias ocasiones señala la inutilidad de tantas muertes entre hermanos para que todo quedara igual, si no peor, que antes: “La revolución no ha cambiado nada. Nomás estamos más muertos de hambre...” (126). Para ella, los revolucionarios son “puros bandidos, ladrones de camino real, amparados

por la ley” (137). Los sindicatos, igualmente, “arruinan a todos los necesitados que no tienen más remedio que apechugar” (235).

La conciencia de clase de Jesusa la hace solidaria y defensora de quienes ve aún más desprotegidos que ella: niños huérfanos y desarraigados, lo que explica que haya recogido a Ángel, a Rufino y a Perico, a pesar de que le disgustaran los niños. No es, sin embargo, solidaria con las mujeres que sufren el abuso de los hombres y de la sociedad, cuyas razones para no serlo, veremos a continuación.

IDENTIDAD FEMENINA

El texto de *Hasta no verte Jesús mío* no sólo está escrito en un lenguaje femenino, sino que refleja una visión del mundo y de la clase marginada mexicana desde la perspectiva de una mujer, la de Jesusa Palancares, quien reporta, presenta y aún manipula a los protagonistas de su relato, pues nos muestra sólo lo que ella elige de la vida de cada uno de ellos. Más aún, el texto en última instancia, es producto de la pluma femenina y feminista de Poniatowska, quien recrea las aseveraciones de su informante, Josefina Bórquez, en su personaje Jesusa Palancares.

Resulta particularmente interesante que Jesusa tenga serios reparos en identificarse con la mayoría de las mujeres, especialmente las que suelen ser tradicionales y sumisas. En efecto, en la novela se maneja una antítesis muy interesante, puesto que se emplea un metalenguaje femenino para dibujar a un personaje que cuestiona la condición de la mujer, por lo menos la de la mujer tradicional. No me detendré demasiado en este aspecto de la figura de Jesusa, ya que ha sido extensa y justamente tratado por críticos como Friedman, Guerra, Lemaître, Medeiros-Lichem, y Hancock,⁸ entre otros. Jesusa cuestiona sobre todo la actitud sumisa y “dejada” de las mujeres que “aguantan todo” de su pareja masculina: “Yo creo que en el mismo infierno ha de haber un lugar para todas las dejadas. ¡Puros tizones en el fundillo!” (101). Ello es resultado sobre todo, de su penosa experiencia matrimonial con Pedro Aguilar, de quien decide defenderse tras haber sufrido su abuso: “Cuando Pedro me colmó el plato ya me dije claramente: ‘Me defiendo o que me mate de una vez’. [. . .] Seguro Dios me dijo ‘Defiéndete’. [. . .] Y saqué la pistola. Después dije que no me dejaría, y cumplí la palabra. Tan no me dejé, que aquí estoy. Pero ¡cuánto sufrí mientras me estuve dejando!” (101).

Esta posición tiene como corolario natural el rechazo de Jesusa al machismo, por ser básicamente una forma de abuso a la mujer: “Los hombres son siempre abusivos. Como si eso fuera ser hombre. Esa es la enfermedad de los mexicanos: creer que son muy charros porque se nos montan encima. Y se equivocan porque no todas somos sus yeguas mansas” (178). Jesusa no rechaza, sin embargo, el tratamiento asimétrico entre Pedro y ella. En tanto que él se dirige a Jesusa con el pronombre de confianza “tú”, ella le habla a él con el pronombre de respeto “usted”. Pedro le pregunta, “¿Quién te ha aconsejado a ti?” (99) y Jesusa le contesta “Usted ha de saber quién” (99). Acepta el tratamiento desigual entre hombres y mujeres de la misma manera que admite las diferencias de clase social, las cuales se marcan utilizando asimétricamente estos mismos pronombres en el diálogo. Una vez después de haberse defendido de la violencia de Pedro, Jesusa no consiente el trato abusivo de nadie, incluso prefiere la soledad a cualquier tipo de sumisión cuando afirma: “Por eso yo soy sola, porque no me gusta que me gobierne nadie... Y si no que lo diga Pedro...” (153).

Frecuentemente Jesusa alude al comportamiento masculino que tuvo desde su infancia hasta su edad adulta. Señala que de niña le gustaba jugar a la guerra y otras cosas de hombre (19-20). De adulta le gustaba “hacerle de hombre, alzarle las greñas, ir con los muchachos a correr gallo” (70). Expresa las ventajas de pertenecer al sexo masculino de la siguiente manera: “me gusta más ser hombre que mujer. Para todas las mujeres sería mejor ser hombre, seguro, porque es más divertido, es uno más libre y nadie se burla de uno. [. . .] ¡Bendita la mujer que quiere ser hombre!” (186). Esto ha generado diferentes interpretaciones por parte de la crítica, la cual sintetiza Medeiros-Lichem al afirmar que “her choice of gender roles [is] to survive in a marginalized society hostile to women” (136). Cabe agregar que Jesusa también refleja su gusto por la libertad, misma que la sociedad mexicana tradicional concede a los hombres en particular, pero niega a las mujeres.

INDIVIDUALIDAD DE JESUSA PALANCARES

Jesusa Palancares, colocada en el centro del relato de la novela, extrae de su memoria la historia de sus relaciones con personajes que sobreviven en un mundo sin esperanza, tejiendo lo que en sociolingüística se denomina una red social múltiple y densa.⁹ En ésta, Jesusa es justamente la médula o foco, pues los personajes de la novela se vinculan

siempre a ella. La multiplicidad de esta red estriba en el hecho de que los protagonistas se conectan con Jesusa en el trabajo, en la diversión, en la vecindad, en la intimidad. Ello produce la densidad de esta red social, cuyos enlaces están formados por individuos, todos ellos marginados, que se caracterizan por utilizar un mismo sociolecto y por vivir en condiciones ínfimas. Estos individuos se mantienen leales a sus formas lingüísticas vernáculas, a pesar de que sean estigmatizadas por los otros grupos sociales. Este sector de la población se caracteriza por desempeñar varios oficios y no tener ni seguridad en el trabajo, ni servicios médicos. En la novela, según la propia Poniatowska:

están reflejadas prisiones, batallas, entierros, muertes, burdeles, hospitales para prostitutas, niños muertos de hambre, mujeres borrachas, entes codiciosos, maridos que medio matan a las esposas, esposas que engañan a los maridos, abortos, explotación, y flotando sobre todo, como un desafío, el olor penetrante de la miseria. (Schuessler 185)

El contacto de las clases marginadas con las otras clases sociales, si lo hay, es siempre asimétrico y muy pocas veces suele cambiarles a los marginados su modo de vida o su forma de hablar. De esta manera descuella de su medio la personalidad carismática, independiente y combativa, aunque fatalista y solitaria, de Jesusa. Contraria a las instituciones, no ataca únicamente a los políticos y a la Revolución, sino a la Iglesia: “Todos los curas comen y tienen mujer y están gordos como ratas de troje. Antes las monjas eran sus queridas. Ahora ya no dejan que haiga monjas revueltas con curas [. . .]. Al pueblo lo engañan vilmente” (209).

Solidaria con su grupo, Jesusa ayuda a los más necesitados que ella, a los amigos que sufren, y sobre todo, a niños abandonados, huérfanos y hambrientos, como Ángel, Rufino y Perico, aunque le desagraden los niños: “Lavar es pesado, pero según yo, es más pesado cuidar niños. A mí los niños no me han gustado. Son muy latosos y muy malas gentes. A Periquito lo tuve, no porque me gustara, pero ¿qué hacía ese escuinle sin madre y acostumbrado conmigo?” (280). La personalidad de Jesusa, contestataria, enérgica y libre la llevó a disfrutar de los balazos y la guerra, a que la detuvieran y la encarcelaran varias veces; a que cambiara de trabajo y de pareja con frecuencia, a que fuera bebedora y parrandera hasta el punto de contraer sífilis

(294). “A mí sáquenme a bailar, llévenme a tomar y jalo parejo” (153). Siempre solitaria, al fin encontró consuelo en el espiritualismo, el cual practicó muy a su manera, como siempre. Jesusa habla de su experiencia en la Obra Espiritual y cuando está en trance:

A mí, la gente que me ha visto trabajar no me quita los
ojos de encima:

-Ay, hermana, pues con razón, si usted camina de rodillas.

-Yo no me veo.

-Pues usted no trabaja como las demás. (302)

CONCLUSIÓN

En este trabajo he utilizado algunos de los principios de la socio-lingüística en mi análisis de la novela *Hasta no verte Jesús mío*. Gracias a esta disciplina es posible descubrir y comprender el entramado social de las clases marginadas mexicanas, visto a través de los ojos penetrantes y perspicaces de Jesusa Palancares, quien es vocero de Elena Poniatowska. En el texto, el habla popular de los personajes está ligada a factores que conforman las clases sociales, tales como la escolaridad, el ingreso económico y la ocupación, los cuales emplea Poniatowska para presentar la voz, junto con la vida y circunstancias de los marginados que habitan en la ciudad de México.

Por medio de las múltiples historias y anécdotas que narra Jesusa, personaje central y paradigmático de extracción humilde, Poniatowska expone situaciones de abuso y origina personajes con muy poca esperanza de movilidad social. En la novela se muestra que en las clases marginadas, precisamente, se producen redes sociales densas y múltiples en las que individuos de escasa o nula escolaridad, de ingreso mínimo y de ocupación inestable, se relacionan de manera horizontal utilizando un habla estigmatizada con la cual se identifican profundamente y que además, condiciona en gran medida el lugar que ocupan en la sociedad.

La identidad social y lingüística de estos individuos los lleva a aceptar fatídicamente y sin cuestionamiento alguno, el trato asimétrico que reciben de las clases sociales más favorecidas como algo normal y apropiado a su condición. Es así como dichos individuos entran en contacto con otras clases sociales siempre desde una posición subordinada. Usan tratamientos como “usted”, “patrón” y “señor”

al hablar con los miembros de las clases más privilegiadas, los cuales a su vez, los tratan por su nombre de pila y de “tú”. Su habla simboliza el modo de ser de un “nosotros”, distinto del de “ellos”. Por razones de identidad y por ser una sociedad paternalista y patrimonial, cuya revolución no benefició a los marginados, resulta difícil que éstos logren cierta movilidad social en un país en vías de desarrollo como México. Para Jesusa Palancares su sociedad no le ofrece la esperanza de una vida terrenal mejor, hallando la única expectativa de compensación en *el más allá*, motivo por el cual Jesusa se refugia en el espiritualismo. Por otro lado, al utilizar un metalenguaje femenino, Poniatowska explora la condición de la mujer tradicional, especialmente su tolerancia ante el abuso físico, verbal y social al que está sujeta en una sociedad machista y patriarcal como lo es la mexicana de mediados del siglo XX.

Notas

1. Para mayores detalles sobre el español colonial, ver mi libro *Orígenes del español americano*, listado en las obras de referencia bibliográfica al final de este estudio.

2. Para un análisis más amplio, ver artículo “Modeling the speech community: Configuration and variable types in the Mexican Spanish setting” de Santa Ana y Parodi.

3. Véase *Orígenes del español americano*.

4. Ibidem.

5. En el castellano la consonante labiodental /f/ del latín se pronunció [h] para luego perderse: [farina > harina > arina]. En época de la colonia algunos hablantes procedentes del sur de España pronunciaban la consonante aspirada (Véase *Orígenes*).

6. Milroy y Trudgil exploran estos factores más a fondo en sus respectivas obras.

7. Consúltese *Language contexts and consequences*, de Giles Howard y Nikolas Coupland para este fenómeno.

8. Ver lista de obras citadas para una referencia bibliográfica de las obras de dichos críticos a las que se hace alusión.

9. Ver *Language and Social Networks*, de Lesley Milroy.

Obras citadas

- Friedman, Edward H. "The marginalized Narrator: *Hasta no verte Jesús mío* and the eloquence of Repression". *The antiheroine's Voice. Narrative Discourse and Transformations of the Picaresque*. Columbia: University of Missouri Press, 1987. 170–87.
- Giles, Howard y Nikolas Coupland. *Language contexts and consequences*. California: Brooks-Cole Publishing Company, 1991.
- Guerra-Cunningham, Lucía. "Los márgenes anticanónicos de la autobiografía de la pobreza en *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska". *Estudios sobre escritoras hispánicas en honor de Georgina Sabat de Rivers*. Lou Charnon-Deutsch, editora. Madrid: Castalia, 1992. 113–27.
- Hancock, Joel. "Elena Poniatowska's *Hasta no verte Jesús mío*: The Remaking of the Image of Woman". *Hispania* 66 (1983): 353–59.
- Lemaître, Monique J. "Jesusa Palancares y la dialéctica de la emancipación femenina". *Revista Iberoamericana* 51 (1981): 751–63.
- Medeiros-Lichem, María Teresa. *Reading the Feminine Voice in Latin American Women's Fiction: From Teresa de la Parra to Elena Poniatowska and Luisa Velenzuela*. New York: Peter Lang, 2002.
- Meyer, Lorenzo. "La institucionalización del nuevo régimen". *Historia general de México*. México: El Colegio de México, 2000. 823–943.
- Milroy, Lesley. *Language and Social Networks*. Oxford: Blackwell, 1987.
- Parodi, Claudia. *Orígenes del español americano*. México: UNAM, 1995.
- . "Habla popular en *Hasta no verte Jesús mío*: ¿creación, re-creación o imitación?". *Homenaje a Elena Poniatowska*. Elena Urrutia, editora. México: El Colegio de México (en prensa).
- Poniatowska, Elena. *Hasta no verte Jesús mío*. México: Era, 1969.
- Poot Herrera, Sara. "Elena(moramiento) de México: Poniatowska". *Si cuento lejos de ti. (La ficción en México)*. Alfredo Pavón, editor. Mexico: INBA, 1998. 115–33.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Real Academia Española, 2001.
- Santa Ana, Otto y Claudia Parodi. "Modeling the speech community: Configuration and variable types in the Mexican Spanish setting". *Language in Society* 27 (1998): 23–51.
- Santa María, Francisco. *Diccionario de Mejicanismos*. Méjico: Porrúa, 1992.
- Schneider, Edgar. "The Dynamics of New Englishes: From Identity Construction to Dialect Birth". *Language* 79 (2002): 233–81.

Schuessler, Michael. *Elenísima. Ingenio y figura de Elena Poniatowska*.
México: Diana, 2003.

Trudgil, Peter. *Sociolinguistics: An introduction to language and society*.
London: Penguin Books, 1983.

Just the Tip of the Iceberg: The Truncation of Mexican American Identity in *My Family/Mi Familia*

Phillip Serrato
Fullerton College

CHUY: [I'm] Chicano.

CHE: Chicano? What is a Chicano?

CHUY: I don't know!

Culture Clash, "*A Bowl of Beings*," 1998¹

Eager not to disappoint, i try my best to offer my benefactors and benefactresses what they most anxiously yearn for: the possibility of a difference, yet a difference or an otherness that will not go so far as to question the foundation of their beings and makings.

Trinh T. Minh-ha, *Woman, Native, Other*, 1989²

A social gest is an overdetermined moment in the mise-en-scene of a live dramatic performance that reflects and refracts the various social relations that are at play within, around, and outside of the performance. As defined by Brecht, it is fundamentally "the mimetic and gestural expression of the social relationships prevailing between people of a given period" (103). Elin Diamond explains that every element in the mise-en-scene in the gestic instant contributes to the gest's significance. "Words, gestures, actions, tableaux all qualify as gests," she says, "if they enable the spectator to draw conclusions about the 'social circumstances' shaping a character's attitude" (537N). Diamond also mentions that a gest may imply the author's status within his/her own social matrix and the influence of the author's social standing on the production of the text. She therefore describes a gest as "a moment in performance that makes visible the contradictory interactions of text, theater apparatus, and contemporary social struggle" (519).